

A donde quiera que estés

Pasan las gaviotas y giran sobre la mar. Unas se elevan más que las otras, vuelan más arriba, son más osadas. Abajo, las playas y las rompientes. Cada gaviota es responsable de dar sentido a su paso por la tierra; es su privilegio y su compromiso, es su sola incumbencia.

Isidro Gordo y yo nos quisimos, todavía nos queremos. Nos admiramos mutuamente porque así sucede con el oponente que te puede vencer. A mí me faltó ambición de triunfo, a él le sobró y murió por ello. Le echo flores y esto queda entre los dos.

Y como otros compañeros glosarán los triunfos y la semblanza deportiva de nuestro campeón, permitidme que sea egoísta y que, en esta ocasión, hable sólo de nosotros y dé libre albedrío a mi recuerdo en detalles pescados al aire, evocaciones y resonancias de nuestra gran época de cuando vivíamos por y para la mar. Añoranzas de este tan próximo ayer, cuando vagábamos como dos mendigos de las mareas por propia vocación. Inadaptados por no saber respirar sino bajo la superficie.

Isidro, tú no tuviste que regresar al mundo urbano que es una cárcel para las gaviotas. Yo sí, y te envidio por ello.

Dejaste a tu familia desolada por tu ausencia; pero, a cambio de dolor, les dejaste marcado el duro norte de los hombres de carácter. Les dejaste una herencia difícil de asumir, aunque la más conmovedora y valiosa, la del hombre libre que no se deja influenciar. Patroneaste tu nave según entendiste mejor y no debes nada a nadie.

Fuiste un verdadero campeón, aunque, a veces, admitido a regañadientes. Dicen que los campeones deben tener un equipo que les dé soporte y les encauce, un equipo que, en realidad, les utiliza. Tu vuelo fue insubordinado y personal y, por lo tanto, reprobado por los funcionarios de la ortodoxia, a quienes irritabas con tu displicencia. Pero, ¿es que se puede abrir un sumario a quien levanta el vuelo?

Un día, levantamos el vuelo como dos cómplices convictos. Ese vuelo que marca de por vida y no tiene marcha atrás.

Pasábamos por el Puerto de la Mora cuando rompía el día en las nevadas cumbres de Granada. Atajo del Estrecho de Gibraltar. Era una huida y una fuga. Y por esas carreteras perdimos el tubo de escape del coche sin darnos cuenta. Soltando lastre hacia la mar como dos prófugos de tierra firme.

Y ya en el Estrecho, te quedaste en la barca sobre los fondos de "La Bajeta" y te advertí que podía entrar la corriente de un momento a otro. Despreciamos la "vaciante" por no

haber tenido la paciencia ni la precaución de esperar a que abriera la librería de Tarifa donde comprar un libro de mareas. Me volví y, aunque me desgañitara jurando en griego, ya estabas llenando tu boya de meros. Este eres tú. Y yo te admiraba sin decírtelo, mirando las montañas del Atlas africano y bendiciendo ese momento de riesgo y emoción.

Nunca fuiste reservado ni egoísta dentro del agua. No te importó que nadie pescara a tu lado y descubriera nuevos fondos. No llevabas libreta de señas como no la lleva ningún tritón. Te bastaba tu instinto. Tu instinto que no tenía palabras y se levantaba con el sol.

Se levantaba el sol y te traía los misterios de la Esfinge Alada de Egipto. Y tú veías que los misterios del éxito estaban en esas alas divididos en cuatro elementos, que eran el querer, el saber, el osar y el callar.

Isidro, tú nos enseñaste lo duro que es ser campeón y el precio que se paga por ello.

Alfonso Samper

